OPINIÓN

Cartas al director

¿Quién quema el monte?

Es siempre más fácil echarle la culpa al desgraciado pirómano o al calor del estío que profundizar y analizar todos los factores implicados en la quema de nuestros montes. Pero pasa lo mismo con los accidentes de tráfico, el culpable único es el transgresor; el estado de las carreteras o la mala señalización, nunca. Es más fácil para la Administración. Pero sabemos que en muchas ocasiones, y los incendios de los montes en Galicia son un ejemplo, la falta de regulación y una deficiente —por no decir nula— política forestal es el origen del problema.

Paseo mucho por el monte y lo más difícil es que no se incendie: maleza, tojos, retama, zarzas..., y al lado de las carreteras. Toda una suma de factores *facilitadores* del fuego, que a la par que impiden *respirar* al monte, no dejan crecer a pinos y eucaliptos, empobreciendo su desarrollo. Parecen estar a la espera de una chispa para empezar a arder y quemarlo todo con su gran poder calorífico. ¿Pero dónde están los robles, o castaños, u otro tipo de plantación que humedezca el ambiente y dificulte los incendios?, ¿dónde está una política que regule el tipo de plantación y gestione los montes de Galicia desde que han sido abandonados por el ser humano? Y a propósito, ¿por qué han sido abandonados?

El abandono del monte es el principal pirómano. La Administración o Administraciones (quizás la multiplicidad de Administraciones implicadas sea una de las causas) tendrían algo que decir y no solo el pirómano.— Eduardo Vázquez Martul. A Coruña.

Goytisoló y Cervantes

En su artículo *Cervantes y el mundo musulmán*, publicado en el último número de *Babelia*, nos cuenta Juan Goytisoló, glosando el cautiverio de Cervantes, que "el Argel que conoció nuestro primer escritor se hallaba en las an-

De derechos y responsabilidades

Dice Mariano Rajoy, precedido y seguido por muchos dirigentes del Partido Popular, que José María Aznar tiene, como cualquier ciudadano español, derecho a viajar libremente a cualquier punto del territorio nacional.

Es evidente que eso es así y estoy seguro de que nadie lo discute. Sobre lo que no nos dicen nada es sobre algo que el señor Aznar tampoco se ha dignado tener en cuenta: que, además de los derechos que tiene como todo ciudadano español, también tiene responsabilidades como ex presidente del Gobierno. Y, entre esas responsabilidades, entiendo que está la de no entorpecer las actuaciones del Gobierno legítimo, sobre todo en el ámbito internacional. Eso debe ser así tanto si está de acuerdo con dichas actuacio-

nes como si no; y tanto si le gusta el Gobierno que las lleva a cabo como si no le gusta, porque es el Gobierno que se han dado los ciudadanos españoles.

Por tanto, señor Aznar, ya que soportamos sus frecuentes salidas de tono porque su libertad de expresión es sagrada para los demócratas, no interfiera en la política española. Y, señor Rajoy, si es usted el que dirige el PP y tiene la legítima pretensión de presidir el Gobierno, actúe en consecuencia frenando los excesos de José María Aznar. O cédale el puesto de una vez para que no estemos confundidos los españoles en cuanto a quién dirige el PP y quién tiene pretensiones de presidir el Gobierno en el futuro.— Antonio Calvete. Getafe, Madrid.

tipodas de la España tridentina e inquisitorial de Felipe II" y que "la ciudad acogía a gentes de todas las procedencias, religiones y lenguas: era una encrucijada de etnias y de culturas".

Ahora que acaban de ser liberados (o mejor, redimidos, como en los tiempos de los padres mercenarios, aunque por manos seculares) dos cooperantes catalanes que han pasado unos cuantos meses en manos de Al-Qaeda, quizás no esté de más puntualizar un punto con bastante punta: que si bien el Argel de los siglos XVI y XVII, que acogía a gentes de todas las procedencias, religiones y lenguas, era realmente una encrucijada de etnias y culturas, lo era, en muchos sentidos, al modo en que (por poner un ejemplo relativamente cercano) lo fueron los campos de concentración nazis, en los que también podían encontrarse prisioneros o cautivos de todos los países de Europa y sus múltiples etnias, religiones y lenguas.

A finales del siglo XVI había en Argel unos 30.000 esclavos cristianos procedentes de las rapiñas y piraterías argelinas por todo el Mediterráneo, España e Italia en especial, y también por el Atlántico, hasta Inglaterra y los países nórdicos, incluida Islandia. En aquel tiempo, hay que reconocerlo, España era un país tridentino e inquisitorial y Argelia o Argel, un país pirático y su principal negocio la esclavitud y

el rescate. Finalmente, se queja en su escrito Goytisoló de que muchas de las interpretaciones y glosas de los años argelinos del autor de *El Quijote* sean "reductivas e interesadas —conforme a la perspectiva ideológica desde los (sic) que se sitúa el intérprete o glosador"—. ¿No sabe bien el propio Goytisoló cuánta razón tiene!— Abelardo Linares.

Última reflexión

Lo que hace falta en el sector audiovisual español es una revolución: cuestionar —y sí, quizás rechazar— gestos, actitudes y voces caducas que dominan desde los años cuarenta y que no reflejan ni el talento ni la gama de culturas que hay en España hoy. Realmente lo que quería hacer con mi artículo —publicado en EL PAÍS el 2 de agosto— fue iniciar un debate dentro del gremio llamando la atención a algo muy evidente y que en privado me han comentado muchas personas desde hace tiempo. Con esta carta cierro mi intervención sobre este tema en este foro.— John J. Healey.

FP, universidad y... ¿selectividad?

Sigo con atención el debate originado a raíz de la aplicación de los cambios en las condiciones

de acceso a la universidad y sus consecuencias. El debate debería circunscribirse a cuál debe ser el sistema adecuado para garantizar los principios rectores de acceso a la universidad y me parece poco serio poner la selectividad como garantía de ello.

La selectividad *per se* no garantiza el éxito de elección y madurez del examinado y es aceptada como mal menor para poner remedio a un desajuste entre la demanda y oferta de plazas. Y de este embrollo quien parece que se va a llevar la peor parte va a ser la FP. No obstante, de llevarse a cabo, debería plantearse en términos distintos a los del Bachillerato y garantizar dos condiciones: contar con la opinión y participación de los profesionales de la FP en lo que respecta a su diseño y contenido, y definirla con suficiente antelación.

Finalmente, no quiero dejar de tratar dos aspectos que también interfieren en el conflicto: la necesidad de revisar las correspondencias entre títulos de FP y estudios universitarios y el sistema de convalidación de créditos, que a falta de criterios de homogeneidad, induce a los estudiantes a entenderla desde una óptica de "mercadotecnia universitaria".

En cualquier caso, será el ejercicio del derecho fundamental de progresar en lo académico y profesional, junto a unas aspiraciones legítimas, los que den co-

mo resultado una sociedad con los mejores profesionales salidos de las universidades, sea cuál fue su origen académico.— Ricard Coma. Barcelona.

El contrapunto necesario

Dispuesto siempre al encuentro y en ocasiones al encontronazo, Carlos Mendo se sumergía en un entorno ideológico mayoritariamente antagonista y aun hostil, moderadores incluidos, emergiendo socarrón con discursos a contrapelo que soliviantaban a no pocos alrededor, entre los cuales me incluyo. Me refiero, claro, a los artículos de EL PAÍS y las tertulias de la SER. A pesar de encontrarse en franca minoría, su gran peso específico no le impedía dar un punto de equilibrio a los foros de opinión de dichos medios, demasiado lastrados en ocasiones. Un equilibrio necesario para los que nos resistimos a la tentación de escuchar una única voz, aunque sea aquella con la que nos identificamos, porque algo nos viene diciendo que ese no es el camino. Pues ahí, precisamente ahí, se encontraba, yo creo, la mayor valía de Mendo: en no renunciar al incómodo *contra mí* en favor del cada vez más regalado y extendido *conmigo*. Un afectuoso recuerdo.— Javier Casado. Málaga.

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos.

CartasDirector@elpais.es

■ Fe de errores

► El presidente de la Generalitat valenciana, Francisco Camps, si está imputado, en contra de lo que se afirmaba ayer en la información sobre su futuro político, en el caso de los trajes que supuestamente recibió regalados de la trama Gürtel.

Los países emergentes y el derecho internacional

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

darios del régimen jurídico internacional en plena construcción desde hace varias décadas en materia de defensa de la democracia, de los derechos humanos, de la no proliferación, de la protección del medio ambiente, de una mayor liberalización del comercio e incluso, en el caso de India y de China, de la Corte Penal Internacional.

Es innegable que los países ricos y los menos ricos que han ido construyendo este andamiaje normativo no siempre lo respetan y en ocasiones su hipocresía es insólita: Estados Unidos, en las cárceles de Guantánamo y Abu

Ghraib; pero también Francia e Inglaterra en sus antiguas colonias africanas; e incluso Alemania en los Balcanes. Pero la gran diferencia entre esas potencias antiguas y las nuevas reside en la fuerza de sus respectivas sociedades civiles, cuyo vigor y activismo ha fijado límites a los excesos de las potencias tradicionales, cosa que no sucede con las nuevas.

Los ejemplos del rechazo a la nueva configuración jurídica internacional abundan: la postura de China en Tíbet, su apoyo a la junta de Myanmar y el suministro de varios apoyos al programa atómico de Pakistán, y sobre todo su posición ante el genocidio en Darfur; el respaldo de India a la represión en Myanmar y a los virtuales campos de concentración de ex combatientes o simpatizantes tameses en Sri Lanka, y ante el programa de enriquecimiento de uranio iraní; la indiferencia de Sudáfrica ante la represión y el fraude electoral en Zimbabue; y

las omisiones de Brasil respecto a la defensa de los derechos humanos, la democracia y las libertades en Cuba, Venezuela y ahora, de manera flagrante, en Irán.

Otros ejemplos incluyen la manera en que han formado un frente común varios de ellos en las negociaciones sobre cambio cli-

¿Se puede ser líder mundial sin tener ascendencia en la propia región?

mático, junto con los países del llamado Tercer Mundo y en la Ronda de Doha. Por un lado China es la segunda economía del mundo; por el otro se solidariza con los países pobres; ¿son compatibles ambas identidades? Brasil se ve como líder mundial, buscando en vano soluciones al con-

flicto entre el Grupo de los Seis e Irán, pero sin siquiera proponerse ayudar a destrabar litigios más cercanos: entre Uruguay y Argentina, entre Colombia y Venezuela, entre Bolivia y Chile. ¿Se puede ser líder mundial sin tener ascendencia en su propia región?

Son justamente este tipo de razones por las que estos países no están listos para ingresar al club de los poderes internacionales fácticos. Su ingreso debilitaría los avances alcanzados en la construcción de ese andamiaje jurídico internacional que muchos anhelan, por limitados y endeble que sean. Dos razones lo explican: la adulación comprensible pero anacrónica de estos países por el principio de la no intervención y la soberanía como bien absoluto, y la debilidad de su sociedad civil, más en China y Sudáfrica que en la India y Brasil. Ojalá pueda suscitarse en estas naciones el debate necesario sobre su lugar en el mundo y las posi-

bles cesiones multilaterales de soberanía a favor de bienes superiores, y para despertar y organizar a sus sociedades civiles.

En el pasado dichas sociedades dieron luchas importantes (contra el *apartheid* en Sudáfrica, la dictadura militar en Brasil, o por la independencia en India), pero hoy no parecen estar dispuestas a comprometerse con los pilares fundamentales del emergente régimen jurídico internacional. China, la India, Brasil, Sudáfrica y otros miembros del G-20 con aspiraciones análogas tienen todo el derecho de conservar sus posturas tercermundistas, soberanistas y nostálgicas del Movimiento de los No Alineados, pero entonces que sigan siendo eso: líderes del Tercer Mundo y no del mundo a secas.

Jorge G. Castañeda, ex canciller mexicano, es profesor de la Universidad de Nueva York y de la Universidad Nacional Autónoma de México.